NADANDO EN LAS PAREDES

¡Oh! ¡Dios mío! ¡Qué ciegos somos cuando se trata de nuestra personalidad!

Abate M***

¿Dónde empieza y termina nuestra libertad? ¿Qué *escribimos?* ¿Quién *escribe?*

J. CORTAZAR

No debes, pues, permitir que esos sentimientos de aversión se eleven en tu corazón cuando recibes alguna injuria, ni siquiera quejarte en esas murmuraciones que tanto deseamos relatar cuando en algo se nos ofende, ni con ese ademán esquivo y de menosprecio que se afecta con los que nos causaron alguna ofensa. Tampoco debemos guardar en nuestro corazón el recuerdo de la injuria que recibimos. Lo que sí debemos hacer es procurar olvidarla, según nos lo aconseja el Espíritu Santo.

Abate M***

«¡Dios mío, Julio, pero si sabes latín!», fue mi primera y mayormente deslumbrada reflexión cuando leía esas precisiones que con moderada modestia titulas *La agarrada a patadas o más sobre dados y ratitas o la respuesta del involuntario pero vehemente responsable: precisiones necesarias a Juan Carlos Curutchet, a Félix Grande y al pugilista del Escarabajo de Oro.* Y no es que ahora vaya a maravillarme de que entre tus estudios dispongas de un saber del que no carecen los aprendices de notario —aunque la coincidencia, Julio, está muy lejos de llenarme de dicha—, sino que resulta impropio de la naturaleza de tu instrumentación poética el exhibir esa paraplejía verbal (o latín) que sin embargo mereció el elogio de doña Leonor Acevedo de Borges, como se verá: refiere Fernando Quiñones que doña Leonor afeaba un día en Jorge Luis Borges la decisión que desde hacía años éste mantenía de estudiar los misterios del habla inglesa antigua, o como lo denomina el mismo Borges, «el terco anglosajón». Doña Leonor, con educada negligencia, reprochaba a su hijo el empleo de tanta inteligencia y tanto tiempo en el estudio de una disciplina que, cier-

tamente, no parecía contar con más de seis u ocho partidarios en Buenos Aires, aparte de Bioyges mismo y alguna que otra rumorosa alumna del maestro. «Jorgy, por qué en lugar de esa antigualla [concluyó doña Leonor, dubitativa] no estudiás algo más de hoy, más práctico: latín, por ejemplo.» De manera que al saberte en posesión de esa cimitarra tan práctica (¡práctico tú, cronopio!) que con tanto denuedo manejan los más reputados escribientes, pero sobre todo al advertir que no tienes la doblez de ocultar un saber tan nefando, hube de quedar maravillado y como, verbigracia, en suspenso, o en fin, como lo expresan los hormiguitas del estilo, mudo-de-admiración: es decir, con la boca abierta.

Pero la piedrecita en el lago no había hecho más que caer, de tal forma que el círculo de deslumbramiento habría de ampliarse progresivamente y como si dijéramos al infinito al chocar con ese reproche, o repudio, o portazo, o proclamación de inocencia al fin y al cabo bien legítima, en que consiste ese gesto tuyo, Julio, de desenmascarar la procelosa paternidad de la no obstante conmovedora historia del raro dado que tenía las aristas redondeadas pero más viva que nunca su hermosa independencia. Y bueno, me dije, que es cosa que hago con frecuencia cuando estoy solo, resulta lícito que Julio restituya a su autor la paternidad enigmática de un texto que no es suyo y que incluso como atribuido tuvo tan breve cortazariana duración; y hasta puede que en ese gesto haya más sabiduría que rechazo, porque, ¿y si luego, al frenético paso de oca de los años, ocurriera que, ya bárbaramente encariñado con esa página adoptiva, de pronto ésta se larga con su verdadero padre, mediante abogados inclusive? ¿Y entonces? O bien, pudiera venir la madre, muy posiblemente soltera, ya que éstos son satánicos tiempos, y con el pretexto de la necesidad de un apellido para el nene pretendiera casarse con Julio, cosa para dejarlo despavorido, y no sólo por la existencia de Ugné sino porque como dijo Píndaro y recuerda Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* o en uno de los tomos de sus *memorias* y en página que no precisaré para no hurtar a los lectores el placer de la espeleología: «¡Maldito sea quien inventó el matrimonio, y el primero que se casó, y el segundo, y el tercero, y todos cuantos le imitaron!» Por todo lo cual es vociferantemente lógico que tú, Julio, renuncies públicamente a una paternidad en la que no has tenido parte (de las restantes precisiones de tu texto, las encaminadas a moderar la furia investigativa y la lectura entrelineada del célebre sabueso denominado Curutchet, no hablaré yo ni me compete; se dice que Curutchet posiblemente este año mis-

mo, por octubre, estará en disposición de enviarte unas precisiones a tus precisiones, y que ya ha prometido con sutil galantería no exceder de trescientas páginas *). Si de lo que me que quejo, Julio, no es de que esa precisión tuya sobre el dado de tu primo el Beto no sea lógica, sino precisamente de que uses de manera tan despiadada ese impermeable sinuosamente racista que llamamos la lógica, y que es tan usado por los administradores, escribanos, psiquíatras bienpensantes, lectores de Samaniego, suizos y otras temibles formas de la claudicación. Si lo que temo, Julio, es que habiendo tú manejado la lógica en un momento de ofuscación pueda llegar un día en que te compres un goniómetro. ¡Julio, te veo ya agrimensor o relojero y me dan ganas de llorar! Me asusta un Cortázar ordenado, primoroso, antialcohólico: «Los antialcohólicos [ha dicho Alfred Jarry] son enfermos dominados por ese veneno, el agua, tan disolvente y corrosivo que ha merecido ser escogido entre todas las substancias para las abluciones y coladas, y una gota del cual vertida en un líquido puro —la absenta, por ejemplo— lo enturbia para siempre». Que te eximas de la paternidad de la bella fábula del dado con forma de esfera pero con corazón de anarquista (como seguramente te eximirías de la de los lisiedros que te adjunto en cuanto amenazase atribuírtelos) es algo que no te censuro..., ¡pero que abras una investigación para descubrir al padre y que tras laboriosas deducciones lo señales triunfal y brutalmente, eso, Julio, delator, eso no tiene nombre!

¿O bien, esa perentoria devolución sería una prueba de respeto a la Identidad? Occidente se ha postrado ante la Identidad, el mundo que a sí mismo se da el apelativo de libre reza todas las noches a un dios espúreo que se llama Yo. Cortázar no hará eso, le dije a Paquita, no lo hará, tranquilízate, no lo hará: Cortázar sabe que «Un individuo [son palabras espléndidas de Nivaria Tejera] se compone de muchos desconocidos»; Cortázar no desconoce aquella profecía de Stevenson: «... el hombre no es solamente uno, sino que es realmente dos. Y digo dos porque al punto en que han llegado mis conocimientos no puedo pasar de esa cifra. Otros me seguirán, otros vendrán que me dejarán atrás en este mismo camino; y me arriesgo a aventurar que acabará por descubrirse que el hombre es una comunidad de individuos independientes, variados y contradictorios»; Cortázar, finalmente [excúsame la erudición, hermano, como yo te excusé el latín], ha leído con su corazón estas calientes líneas de Fernando Savater: «El compasivo se pregunta sin saberlo: ¿cómo es posible vivir sin ser yo?; Cioran nos

* Véase figura 1

recuerda que cada uno acabamos preguntándonos respecto al amigo que mejor conocemos: ¿cómo es que no se suicida? El sentido de ambos interrogantes es el mismo. La compasión nos revela, si sabemos interpretarla, el pasmoso secreto de nuestra propia duración: vivimos porque somos varios.» ¡Vivimos, Julio, porque somos Juan Esteban Fassio y Abelardo Castillo, y porque al mismo tiempo somos Julio Cortázar y el Beto, y también porque somos Horacio Martín y Fernando Savater y Ciorán, vivimos porque somos dado y boxeador y guitarrero y trompetista y porque somos César Bruto! Y si no fuésemos todo eso nos moriríamos de soledad. ¡Vivimos porque somos varios, por lo menos! Y si no ¿qué quiere decir *la Ciudad?* ¿Qué es el paredro? ¿Qué es. diosmío, el glíglico? No te preocupes, le dije a Paquita, tranquilízate. Ya verás cómo todos los paredros de Julio y sus gentes se le pondrán delante, mudos, con los ojos arrasados en lágrimas, y entonces Julio besará sus mejillas y todos juntos le escribirán a Fassio y a Martín una tarjeta jubilosa llena de amor, de certidumbre múltiple, de sol. Aquí deberías citar a la Biblia, me sugirió Paquita, el *Libro de Job,* por ejemplo *.

«Por ejemplo, Cortázar» —deduce Horacio Martín en la carta con que acompaña el envío de los lisiedros que reproduzco como anexo. «¿No es concebible que estos textos sean de Cortázar? Mi sospecha se ha consolidado al reflexionar sobre el lugar en que los encontré: el vientre de una muñeca solitaria, abandonada en un desván junto a una carpeta vacía de un disco de Coltrane, en una casa del número siete ¡de la plaza de Jules Denis! ¿No son demasiadas coincidencias? Yo siento, Félix, mucho amor por las coincidencias, como tú no ignoras; yo creo en la maravillosa carcajada algebraica del azar; pero sé muy bien que cuando las coincidencias se atraen entre sí y se ayuntan y gozan, nace una manera de verificación lateral a la que, creo, debemos llamar realidad, si no somos unos groseros. Y la realidad es que después de haber observado muy lentamente la muñeca tras una relectura de *62 Modelo para armar,* después de haber escuchado en la oscuridad de mi pensión una vez más esa música que Coltrane llamaba, con justicia, *Ascensión,* y después del hallazgo, del que ya te hablé en mi carta anterior, de un primoroso montón de sonetos cuyo autor enigmático apellidó *Presencia* y cuyo pie de imprenta data de 1938 (cifra cuyos números sumados dan, según me hizo observar con-

* Sin embargo, a quien me apetece mencionar bajo este vistoso asterisco es al poeta Eladio Cabañero, el cual, hace unos días, gloriosamente borracho en un coctel de la Feria del Libro, iba con su genial vaso en la mano por entre los grupos de hautores suplicándoles zalamero: «Ande, póngame en una nota a pie de página, que soy cojo...»

fidencialmente el sagaz Curutchet, *tres veces siete* [es sabido que el trébol es el emblema de la Trinidad, ¡y en cuanto al siete...!]), después de todo esto, Félix, ya apenas me queda alguna duda sobre la paternidad de los *Lisiedros.* Examínalos tú, e incluso, si te parece, consulta este asunto con el mismo Cortázar —aunque preveo que, públicamente si no en privado, se negaría a aceptarse padre de esos textos, ya que tal anonimato debe formar parte de algún misterioso propósito que parece articularse no sólo en el hecho de escribirlos *y abandonarlos,* sino también en el hecho de haberlos depositado en lugar tan significativo o por lo menos tan equívoco como es un vientre de muñeca (Muñeca: mujer/representación/muerte/reducción/feto/juego/metáfora de Sodoma y Gomorra. Cf. Curutchet: *Breves consideraciones en torno a la reputación).* En fin, yo cumplo con mandarte esas páginas y tú decidirás lo que conviene hacer con ellas. En cuanto a mí, no des *a nadie* mi dirección, toda vez que un padre celoso y armado de soberbio garrote anda buscando mis espaldas y no para poner en ellas una capa de linimento Sloan sino estotra más dura carga: palos o matrimonio. Siempre tu amigo, *Horacio Martín*».

Lo creí, Julio, yo lo creí a Horacio; creí en sus deducciones, en su buena fe y casi en el análisis de estilo que trabajosamente elabora en su carta. Yo lo creí y estaba a punto de escribirte portando los lisiedros cuando cayeron sobre mi inocencia tus aclaraciones sobre el dado desobediente, cubriéndome de confusión: dejándome sorprendido, o más exactamente, estupefacto *. Primero, me sorprendió que una página tan memorable y ácrata no fuese tuya. Luego, no comprendí tu desdén por la palabra *zácate,* tan hermosa. Más tarde, supuse —sin entusiasmo— que en un instante de debilidad habías resuelto ver en el espejo únicamente el rostro tuyo, en lugar de la multitud y la nada. Después, me sorprendió la grandeza del clandestino autor del dado * *

---

* Sobre la distinción entre esas aproximaciones al anonadamiento hay un ejemplo impar. El autor de un diccionario inglés, en el momento de verificar la entera piel de su gentil doncella, advierte que se ha abierto la puerta y que desconcertada y prematura ha aparecido su esposa, la cual exclama: «¡Querido!... Estoy sorprendida...» «El sorprendido soy yo —asevera, minucioso, el desventurado—: tú estás estupefacta.»

** Quiero compartir con el lector el disfrute de esa grandeza. El tan mentado dado inobediente, magistralmente dice: «Ese era un dado egocéntrico. Cayera como cayera, siempre caía de cara, y con la misma sonrisa entonaba: soy yo, soy yo. Le hacíamos las mil y una al pobre dado: lo lanzábamos desde el balcón, adentro del plato de sopa, o justo antes que se sentara tía Albertina (105 kilos) lo poníamos sobre el banco. Los insultos de tía no nos incumbían, se los cargábamos al dado. Pero igual, volviamos a arrojarlo y zácate, caía de cara y dale cantar: soy yo, soy yo, soy yo. Una vez al Beto se le ocurrió limarle las aristas. Estuvimos como dos días sin parar hasta que quedó hecho una bolita. Vamos a ver si ahora cantás, dijo el Beto, y lo lanzó sobre las baldosas del patio. Apenas tocó el suelo, el dado empezó a decir: puta que te parió, puta que te parió. Y continuó rodando sin parar y meta cantar: puta que te parió, puta que te parió, puta que te parió...»

al renunciar a una porción de gloria. Y finalmente, Julio, he logrado entenderlo todo: tu desdén y tu súbita fijación en el Yo eran meras simulaciones: que encubrían a tu modestia atroz. Lo demás fue sencillo. Se trataba de recordar a Lovecraft: en el primer tercio del siglo, algunos admirados amigos del narrador oscuro comenzaron a aportar temas, imágenes, horrores, para el bestiario del maestro. Le sugirieron lecturas, nombres de dioses, culturas apagadas, rasgos para los Primordiales, en un afán de colaboración que se les convirtió en destino. Frank Belknap Long imaginó los espantosos Perros de Tíndalos. Clark Ashton Smith concibió al dios Ubbo-Sathla, «fuente de toda vida terrena», y al que más tarde Derleth convirtió en el Padre de los Primigenios. Derleth y Schorer perfilaron los Dioses Arquetípicos, enemigos de los Primordiales. Wandrei y Belknap aportaron a la enfebrecida tarea común algunos elementos de *science-fiction* y convencieron al maestro de la utilidad de no desconocer lo más tenso de esa literatura. Era el homenaje de unos deslumbrados, y a su afán se le llamó más tarde, en las historias de la Literatura, «El Círculo de Lovecraft». Te imaginé pensándote como centro de otro Círculo en embrión, y temiendo esa situación central privilegiada, y rechazándola, ofuscado por la modestia. ¡Y todavía ignorabas que también Horacio Martín se agregaba a ese entrañable acoso; que en su perplejo exilio Horacio descansaba inventando unas bestias que luego atribuiría a Cortázar, como señal de adhesión y de gratitud! ¡Y todavía ignorabas que Fassio y Martín no son más que pioneros de una muy vasta caravana de páginas que desde el futuro avanza misteriosa hacia ti! ¡Y qué será de ti!

Releo esta carta, Julio, y me demoro especialmente en las dos citas iniciales y en mi presurosa agresión a la cultura de la Identidad. Me pregunto contigo qué escribimos y quién lo escribe, dónde empieza y termina nuestro acto, qué nos dice el espejo, qué tumulto o qué inopinada armonía pulula al otro lado del azogue; me pregunto qué es todo esto, las preguntas y el universo, el Círculo de Lovecraft y la historia de las culturas, el aletazo de la ambigüedad y la dictadura del Yo. Y siento una especie de miedo triste y cínico como el de Samuel Beckett en aquel luminoso párrafo: «Cuando pienso, no, no va bien, cuando vienen los que me han conocido, incluso los que me conocen aún, de vista por supuesto, o de olfato, cuando lo pienso es como, como si, qué, ya no sé, no tenía que haber empezado». ¿No tenía que haber empezado? Porque ahora, Julio, me he perdido. Me he restregado con la imaginación y he descubierto lo que había en el fondo de unas antiguas líneas de Breton: «... la imaginación ya no es esa

hermanita abstracta que salta a la cuerda en un jardín; la habéis sentado en vuestras rodillas y habéis leído en sus ojos vuestra perdición.» Y me siento perdido: de repente, tampoco estoy seguro de que el autor de los lisiedros sea Horacio Martín: ¿y si de verdad los encontró en una place de Jules Denis que existe o que habrá de existir en París? ¿Y si esa muñeca, esa carpeta vacía de un disco, ese saxo, ese vientre...? Y de pronto una duda excesiva me hace recorrer otra vez el texto de tus precisiones al dado y todo eso, y ya no puedo estar absolutamente seguro de que lo haya escrito un hombre al que yo conozco (¿lo conozco?, ¿a quién?) y que se llama Julio Cortázar (¿Julio qué? ¿CortáZAR, TAROCzar, CORAZArt, ROCAzart, RAZAtroc, CortAZAR?), y empiezo a andar errabundo por ese texto tuyo(?) y por esos lisiedros de quién(?), y un trago de ambigüedad, tal vez amargo como las medicinas, se me mete en la boca buscándome la sangre para disolverme mi nombre, y me pregunto qué nos va a suceder al despertar o al soñar o al dormir o al velar, y voy creyendo ver una extraña luz muy lejana conforme se deslíen mis rasgos y al espejo se le cae el azogue y se vuelve más grande y submarino, y toco las paredes ya no para saber que existo y que yo soy opaco y que estoy en mi casa sino para corroborar que las paredes se están volviendo blandas como otra luz, y echo a nadar hacia esa cosa que estoy llamando luz pero que no carece de sombra y que es algo semejante a la muerte y también a la vida, y noto cómo el tiempo parece rodar igual que un viejo sombrero desprendido que está rodando por mis pies, y una brisa como inmortal me lame mi cabeza desnuda, y nado ya no sé por dónde ni hacia cuándo ni desde qué, pero lleno de júbilo y terror y de tristeza y de felicidad y riendo y llorando: como los libros de Julio Cortázar, o quien quiera que sea, sea lo que sea, como sea, nadando por las paredes hacia no sé qué realidad que espera llorando como una indecible mujer mi llegada o mi vuelta y mi beso en la boca llena y lleno de nombres, de poemas, de paredes, de paredros, de natación, de natación, de natación!

FÉLIX

(ANEXO)

LISIEDROS

Espezioología preliminar. 1984 *

«Entre nosotros no hay camellos, pero es un animal lo suficientemente popular para que nos interesemos por sus costumbres (...) Tras largos años de investigaciones, ya no puede dudarse en absoluto de la migración de las aves (...) ¿Existirán en realidad monstruos marinos? (...) Búhos, lechuzas y demás aves nocturnas suelen calificarse con el título de 'señores de la noche', y se lo tienen bien ganado (...) Hay un insecto, y todos lo conocemos muy bien, que come casas.»

FRANCISCO DE ROSSON: Lo que pasa es que el rinoceronte es sordo. *Monte Avila Editores. Colección científica. Caracas, 1972.*

BABOSA MARSUPIAL MOTEADA: Inocentemente próxima al Ave del Paraíso, se le atribuyen poderes especiales en la fermentación del gas rotativo, si bien jamás sus motas fueron trapezoidales, como las del Cefalosoma simple. *Transporta en su albo lomo sus residuos de involución y distribuye minuciosamente entre sus crías despojos pitagóricos. Al amanecer, al contrario que el* Gonococosaurio, *produce el celebérrimo «Bienestar marsupiálico», tan ambicionado por los suicidas, aunque indigno de abuso. Esta* Babosa *es lenta, acrítica y cantonalista, aunque ya no de tono malva. Se desconoce el origen de la frase con que cuando la atacan se defiende: ¡Qué es mi nada —chilla horrendamente la* Babosa marsupial— *ante el estupor que os espera!*

* Con fecha 1984 en pie de imprenta, aparece un riguroso estudio en el que se inicia la clasificación de las diversas especies habitantes de nuestro planeta a partir de la Gloriosa Confrontación del Cobalto. Guía insustituible para investigaciones ulteriores, el volumen está dedicado por el equipo de zoólogos que han efectuado la redacción a Mr. George Orwell, escritor de la antigüedad y, según abundantes comentaristas, fundador de una escuela literaria que se denominó *Realismo*. Seleccionamos para nuestros lectores algunas de las páginas del mencionado texto científico, en exclusiva de nuestro semanario. En páginas finales aparecen, como de costumbre, nuestra «Guía práctica para la conservación de la piel» y la «Sección de cocina» (hoy: «Sepa todo sobre los embutidos»), así como una completa relación de las comisarías de guardia durante la presente semana. En cuanto al volumen al que pertenecen las páginas siguientes, el lector a quien interese puede adquirirlo en la Librería Central del Estado, calle de Lovecraft, número 1.

CEFALOSOMA SIMPLE: A diferencia del Cefalosoma compuesto, *carece de gametos ingurgitados ¡e incluso de bacteria poliédrica! Según Manuel Herrero, este cefaleóptero cruzado desciende del ponderado batracio de las pampas y, como él, coexiste enquistado en alcores y otros aún más edulcorados escondrijos, y sobrenada por entre la adustez del berrueco —siempre que el berrueco esté en celo—. Los cachorros nacen entretejidos al lino del Afganistán y de aquí el alto precio de sus alfombras. No es dado al incesto y únicamente ataca ante el ronquido de los androgeometrazoides, siempre que sean estásicos o de color siena.*

SARRACENU PENTAGÓNICO: Mamífero ahistórico, sumamente irritable ante los colores tostados. Rey de la selva en la antigüedad, hoy se extenúa vocinglero entre la memoria de sus alfanges, inclinando la testa y enrollando su rabo a manera de capitulación. Ferozmente organizativo, aún se teme que este mamífero se reúna en manadas y ataque con su cuerna metálica al grito de «¡Kipling para todos!». La hembra, fea de medio cuerpo y del otro medio postdiluviana, ataca al macho que jamás la sacia y hova risueña y orgullosa. La cría o becerro es presuntuosa y moteada, se alimenta de becas y alcanza una alzada estimable. Breve es el plazo entre la pubertad y la impotencia del Sarracenu pentagónico *—ha dicho Qüinnxei, el famoso zoólogo—. Con inconcebible alquimia, este mamífero siembra rencor y cosecha petróleo, amianto, cobre, quincalla y tela marinera, alimentos básicos para la procelosa barbarie de su glándula hepática. No agrede únicamente de noche, como indocumentados estudiosos han difundido de forma hercúlea, pero falaz. Su graznido es pajizo. Fauce fuera de lo común, indecible.*

GONOCOCOSAURIO: Mamífero de voz dulcísima que se alimenta de perífrasis superpuestas y de interjecciones al baño de maría: no tolera ningún otro alimento. Refiere el astrónomo Alberto Porlan que en las noches de aurora boreal el Gonococosaurio *canta de forma estereofónica, inundando, más o menos, el mundo. La hembra, ocelada, se enturbia en el estío, destilada, al cuatro por ciento.*

NUMANTE: Mamífero bajito y con aspecto de yogurt, que considera que no ha cubierto todas las hembras que supone que necesita; empero es un temible adorador de Himén. Se siente abruptamente orgulloso de un bicho cornudo y sanfermínico al que no obstante asesina de seis en seis. Grazna sin cese y a pleno pulmón. Permuta pan-

deretas por aplausos bobalicones y se alimenta de altos destinos, sangüichs de gannon, autoexportaciones y grandilocuente aceite frito. Su libro religioso llámase «Refranero». La hembra ovula pero rara vez a distancia. Cada miembro de esta especie dispone de una prisión para espermatozoides, a los cuales es fama que algunos Numante *condenan a cadena perpetua. Peculiarmente cartesiano, todo lo contradice, pero contrasta el parecer. En cambio, liba. Sufre de recios dolores en la patria. Confraterniza al grito de «¡Menos sesenta y nueve y más noventa y ocho!». Los flamencos no comen.*

GALLOTÁN CORNUCOIDE: Híbrido infrecuente. El macho tiene cuernos en forma de suposición. Es tan silvestre que eructa y fluctúa, y suele sobrevenir deglutiendo ranúnculos previos, de los cuales es ávido hasta la impertinencia. Fácilmente domesticable, es muy cordial con los zoopencos. Es absolutamente falso el rumor de que usa polainas.

•

La única
alternativa es que
los buenos exterminen
a los malos y los malos a los
buenos. La empresa no parece dema-
siado difícil ni improbable si se considera
que, en nuestra opinión, nosotros somos
los buenos y ellos los malos, y en
su opinión, los buenos son
ellos y los malos
nosotros
(Ronald D. Laing)

•

HOMO CUBICO: Mamífero plagiario, adorador de Sísifo. Como antiguas castas porcinas, únicamente engorda en dirección al sacrificio. Su aborrecimiento por el Homo esférico *es vasto y metálico. Sus ídolos son Fichte y los espacios cóncavos. Voluminoso, es un voraz agrimensor. Le encanta presenciar el fuego y abonar tributo a quien odia. Se deja conducir mansamente, pero se resiste a la cruza. Puede alimentarse durante decenios con las segregaciones de su propio fervor.*

Está superdotado para la fabricación de himnos y la abolición de fronteras. Al declinar la historia, se siente melancólico *. *El* Homo cúbico *—llamado también* Homo Fénix *por algunos bautistas— es rapado y mandibular. La persistencia de su color pardo y sus incesantes promesas de metamorfosis mantienen desazonado el interés de los zoológos. Nace dentado, suda virutas de reconstrucción y jamás muere antes de fracasar. El* Homo xiónico *lo sume en honda algarabía. Según Borges, a propósito del* Ave Fénix, *«Heródoto menciona un huevo, y Plinio, un gusano, pero Claudiano, a fines del siglo IV, ya versifica un pájaro inmortal».*

RINOCÉFALO TRASCENDENTE: Animal súbito y metasociológico con caracteres primarios y claramente fenomenoides. Según las églogas, alimenta a sus pechos a los linfoideólogos, y Kant habla de él como de su propia placenta. No puede asegurarse que fuera intuido por Heidegger en forma de asterisco, puesto que ni es felino ni carece de adrenalina. Tolera escasamente las contracciones peristálticas y, sin embargo, es insaciablemente hervíboro. Jamás reconoció ser picnico y maloliente. Pero se mueve.

GLÚTEO BRITANICULU: Imperiosamente tranquilo, este mamífero es experto en síntesis, diéresis y fórmulas matrimoniales. Celoso y complaciente, cuando no puede más revienta. Simultáneamente camaraderoide y aristocrático, cada miembro de esta especie ostenta su propio club. Deglute energías continentales en rapidísimas diseminaciones y es genial en la fabricación de paciencia —que exporta a otras especies—. Expulsa flemas aisladas y muerde a su vecino de modo inmemorial. Se ignora si enjaulado es pacífico. Muy fraterno, no ama únicamente su suelo. No se rasca donde le pica y ha creado dos universidades que a su vez, unidas, han creado una regata memorable. Asevera Breton: «Se cuenta que Turenne se desmayaba al ver un ratón. El poder de este ratón, que no es despreciable, no basta para explicar el genio de Turenne.» Es cierto.

RINOSIMIO INTRATOMISTA: Extraño hervíboro metodológico, producto de la cruza del Morueco pensante *de motas cintadas y el* Rinocromado *de los mares del Sur. Se nutre de cartílagos, feldespato, hegemonías y hormigas azules. Para evitar la despoblación ostenta bubones amarillos —sólo en verano—. Empero, la hembra se subsume. El macho es muy atento con los leucocitos, pero ruge a la vista de*

---

* Véase figura 2.

diplococos. Este Rinosimio *es muy poco apacible ante la estratosfera de percusión; por qué, es un misterio.*

PRINCIPIÓN: Incoloro, inodoro e insípido, y, sin embargo, muy envidiado por los perseguidos políticos. Especie pigmea situada al sur del Homogalius *y al norte del* Numante. *En lugar bien visible, a la entrada de su cuquera, ostenta el lema de familia: «Bienaventurados los justos, porque a ellos ni les falta ni les sobra.»*

CULTICÉPALO BOVINOIDE: Metazoo culticelado en hexámetros, famoso por sus alusiones mitológicas y sus citas yámbicas. El orógrafo Juancho Armas afirma que el Culticépalo *habita en las altas zonas del infrecuente condicionado y que únicamente la pasión consigue irritarlo de modo vespertino. La hembra mantiene relación simbiótica con los más indigestos estrambotes y alimenta a las crías anómalas con bárbaras octavas reales. Se cree que hova por entre fórmulas alquímicas y ni la afrenta dorada consigue su transfiguración. Sus bacilos susurran de manera inmortal.*

HOMO ESFÉRICO: Glotón en caviar y otrora mesiánico, hoy reside parasitariamente aferrado a las patas de los buró. Los zoólogos distinguen la especie, propiamente dicha, de sus guardianes o peritos en salvación. Estos, en forma de antorcha sagrada, proclaman disponer de todo excepto incertidumbre. Eminentemente quinquenal y estepario, ante el Homorevisa *se transfigura todo él en dedo índice y agita una octava atonal en forma de bandera o escritura, rugiendo de contrariedad. Hay controversia sobre si sus orificios salivares destilan sacrificio o excomunión. Se toca con astracán y es experto en oratoria y competiciones de velocidad tras el éter, reloj en mano. Le place concentrar. Lo sabe todo y hova entre telones. Si es fama que el* Numante *duerme con las manos en sus propiedades pudendas, asimismo sobrevive el rumor de que el* Guardiam esférico *resulta poco confiado. A causa de su enclave geológico, se sorbe la nariz, pero decreta formas y maneras. Prestidigitador e irrefutable, aparece en la sopa. Sistemáticamente estreñido, efectúa sistemáticas purgas.*

ASNO DE TRES PATAS: Dice Zarathustra: «Del asno de tres patas se refiere que está en la mitad del océano y que tres es el número de sus cascos y seis el de sus ojos y nueve el de sus bocas y dos el de sus orejas y uno su cuerno. Su pelaje es blanco, su alimento es espiritual y todo él es justo. Y dos de los seis ojos están en el lugar

de los ojos y dos en la punta de la cabeza y dos en la cerviz; con la penetración de los seis ojos rinde y destruye. De las nueve bocas, tres están en la cabeza y tres en la cerviz y tres adentro de los hijares. Cada casco, puesto en el suelo, cubre el lugar de una majada de mil ovejas. En cuanto a las orejas, son capaces de abarcar a Mazandarán [provincia del norte de Persia].» Zarathustra, en su bárbaro Tratado de Política Internacional *(el* Bundahish), *que Alejandro de Macedonia omitió quemar en Persépolis, concluye su piadosa descripción del* Asno de tres patas *con este ya famoso eufemismo: «El cuerno es como de oro y hueco y le han crecido mil ramificaciones. Con este cuerno vencerá, y disipará todas las corrupciones de los malvados.» Amén.*

HORACIO MARTIN?

Por la edición:

FELIX GRANDE
Calle Alenza, 8
MADRID